

Walter Antillón Montealegre

# De ratones y libros

Viajes por mi biblioteca

The logo for Editorial UCR, featuring three horizontal white lines of varying lengths above the text "EDITORIAL UCR" in a white, sans-serif font.

EDITORIAL  
UCR



**Walter Antillón Montealegre**

De  
ratones  
y  
libros

Viajes por mi biblioteca



EDITORIAL  
UCR  
2023

CC.SIBDI.UCR - CIP/4012

Nombres: Antillón Montealegre, Walter, 1932- , autor.

Título: De ratones y libros : viajes por mi biblioteca / Walter Antillón Montealegre.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2023.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-095-4** (rústico)

Materias: SIBDI.UCR: Antillón Montealegre, Walter, 1932-

– Biblioteca. | LEMB: Bibliotecas particulares. | Bibliofilia. | Bibliófilos.

Clasificación: CDD 027.1–ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2023.

© Editorial Universidad de Costa Rica,  
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.  
Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257  
administracion.siedin@ucr.ac.cr  
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.  
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

# 1

Al azar voy recorriendo con la vista una fila de libros en un estante de mi biblioteca, hasta que la vista se detiene en uno, cuyo lomo deja leer: “George Santayana, *La vida de la razón*, colección *La vida del espíritu*, Buenos Aires”. Es una excelente versión de la Editorial Nova fechada en 1958, que, con más entusiasmo que discernimiento, conseguí leer hace más de cincuenta años, y cuyo contenido ahora apenas tengo un eco lejano. El libro empieza así:

La vida humana, cuando comienza a adquirir valor intrínseco, es un orden incipiente en medio de lo que semeja un caos inmenso bien que, hasta cierto punto, evanescente. Ese caos decreciente sólo puede ser descifrado y estimado por el hombre en la medida en que el orden se consolida y extiende dentro de él mismo... (pág. 9).

De ese modo, Santayana empieza a explicarnos la epopeya de los humanos por expandir el orden de lo inteligible dentro del caos circundante; y en unas 550 páginas de excelentes prosas se esfuerza por aportar los mejores argumentos para comunicarnos un complejo mensaje.

Y ahora me parece de nuevo conmovedora esa amorosa fatiga de Santayana por llegar a sus lectores, que él imagina jóvenes ansiosos de saber.

George Santayana fue un poeta, un filósofo y un novelista anglosajón de origen castellano, nació y fue bautizado en Ávila, región de Castilla-León, España, en 1863, con el nombre de Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana. Pasó su vida útil enseñando en la Universidad de Harvard y escribió su copiosa obra en lengua inglesa. Murió ateo, a los 89 años, rodeado de monjas en un monasterio de la ciudad de Roma, Italia.

*La vida de la razón* está colocada en medio de los demás libros de Santayana, entre los filósofos norteamericanos y dentro de la sección de mi biblioteca dedicada a la filosofía. Constituye una etapa del pensamiento del mencionado filósofo y poeta, que a la vez se alinea junto a los pensamientos de Royce, William James, Dewey y otros filósofos coetáneos, representantes de aquel peculiar estilo de pensar que es la filosofía anglosajona.

En los estantes superiores e inferiores están los filósofos franceses, alemanes, ingleses, italianos, españoles y de otras nacionalidades. Si uno extiende la mano al azar, en cualquier dirección, se va a encontrar a otros filósofos: un italiano, quizás Benedetto Croce; o un inglés, Lord Bertrand Russell. Y de nuevo vamos a leer la frase inicial, por ejemplo, de la *Filosofía della Pratica* de Croce: Sin necesidad de particular demostración, mediante una simple ojeada a la vida que nos circunda, parece quedar atestiguada la realidad de un

círculo de actividad práctica, que se desenvuelve al lado de la actividad teórica... (pág. 29).

Para filosofar acerca de la práctica, como lo hiciera Kant, el gran maestro napolitano nos enfrenta de un plumazo a la intuición que todos tenemos sobre esa misma modesta práctica cotidiana; y por ahí emprende el camino para explicarnos los fenómenos éticos y económicos desde la concepción idealista que profesa.

También Croce es un ser humano admirable. Nacido en 1866, en la región italiana del Abruzzo, desde la dirección de su revista *La Crítica* dedicó su vida a impulsar la cultura y a defender el pensamiento democrático en Italia y Europa, y ejerció muchas veces su alto magisterio a pesar y por encima del fascismo imperante. Pues, queridos amigos, también Croce está allí, entre las páginas de los libros, al alcance de la mano del interesado en conocer más de aquella hazaña de la libertad que es la historia y que es la cultura humana.

Entonces, podríamos caer en la cuenta de que la biblioteca entera guarda en sus entrañas la vida, las ilusiones, los alardes del pensamiento de lo mejor que ha dado la humanidad. Si bien se mira, los libros no son en su esencia otra cosa que aquellos mismos seres humanos denodados y valerosos que nos dejaron lo mejor que tenían, lo menos perecedero de sus efímeras existencias.

Ahora podremos pasar la vista sobre la sección de los filósofos griegos, quienes con tan poco nos dieron y

nos siguen dando tanto. Platón, por ejemplo, fue muy longevo para su tiempo; pero, ¿qué son los 80 años de su vida terrena contra los 2500 que la humanidad ha vivido después de su muerte? En cambio, si nos situamos ante el mensaje de su pensamiento, Platón está entre nosotros tan vivo como si aquellos 2500 años no hubieran pasado.

En fin, la biblioteca contiene todo: el arte y la ciencia; la poesía y la prosa; las cosas divinas y humanas. Y precisamente frente al anaquel de la filosofía, nos encontramos una parte de la estantería dedicada a las obras de ficción y más precisamente dedicada por entero a la novela europea, donde están todas, con excepción de la inglesa, la alemana, la portuguesa y la española, que ocupan otros espacios.

Pero esto será materia de otro viaje.

Y sigue.

## 2

Desde que tenía 14 años, hasta la fecha, he sido un ratón de biblioteca. Pero no tanto un ratón de libros nuevos, sino preferiblemente de libros usados, de libros viejos, como corresponde a todo ratón que se respete. Y puedo decir que el dinero que he ganado en la vida durante los últimos setenta años fue invertido en los libros de mi biblioteca.

Igual que el turista *gourmet* que al llegar por primera vez a una ciudad pregunta por los mejores restaurantes franceses, a mí lo primero que se me ocurre es preguntar dónde están las librerías de viejo. Y por supuesto que conozco las más importantes de ciudades como Buenos Aires, Porto Alegre, Río de Janeiro, Brasilia, Quito, Bogotá, Caracas, Panamá, San José, Heredia, Alajuela, Managua, León, Granada, Tegucigalpa, San Salvador, Guatemala, México D.F., Chiapas, Puebla, Miami, La Habana, Salamanca, Madrid, Zaragoza, Barcelona, Toulouse, París, Bruselas, Frankfurt, Saarbrücken, Berlín, Milán, Turín, Génova, Florencia, Roma, Nápoles, Praga, Viena, Belgrado, Skopje y alguna otra; y deploro que por falta de tiempo nunca visité las ventas de libros viejos de Nueva York, San Francisco,

Venecia o Estambul. Y es que la exploración de una librería o un depósito de libros viejos es más excitante que la visita a una librería corriente: en los primeros, la expectativa de encontrar cosas de muchas épocas, o de un pasado relativamente remoto, es casi ilimitada.

Me pregunto qué mueve a una persona a pasar la vida comprando y leyendo libros de prácticamente todos los géneros posibles –salvo, en mi caso, los de carácter técnico especializado, los de autoayuda y los de literatura chatarra como Rafael Pérez y Pérez, Corín Tellado o Paulo Coelho–. Me parece que la respuesta es que te mueve una infinita curiosidad por la mente humana: por la inteligencia, la sensibilidad y la imaginación humanas dirigidas hacia distintos campos del saber. Saber y sentir mucho, en muchos terrenos, para conseguir una de las grandes síntesis llamada sabiduría, parece ser la meta de tanto esfuerzo. Meta de la cual sigo hoy casi tan lejos como cuando empecé hace unos setenta años. Salvo en algunos aspectos más relacionados con la actitud: siento que ahora soy más sensato, más sereno, mucho más paciente de lo que era cuando joven.

Mis primeros contactos con el intelecto fueron sobre todo literarios y novelísticos –para más señas–. Empecé por las novelas históricas de Rafael Sabatini y Alejandro Dumas, que se encontraban en abundancia en la biblioteca de mi papá; de ahí nació una gran atracción hacia la novela histórica que dura hasta ahora. Después seguí con Víctor Hugo y con Balzac, mientras que, por otro lado, hacía mis primeras armas en el campo filosófico.

Gracias a los curas de mi colegio, a los 14 años conseguí liberarme de la fe cristiana; y fue así como me invadió una gran curiosidad por la filosofía. Y entonces fueron la *Apología de Sócrates* y el *Fedón* los diálogos platónicos que me sirvieron de aperitivo en lo que sería la gran comilona filosófica de mi adolescencia.

A lo cual contribuyó mucho don Teodoro Olarte, a quien en aquellos años conocí como profesor de español; pero, lo bueno era que en ese tiempo don Teodoro editaba en el Liceo de Costa Rica una modesta revista filosófica llamada *Idearium*, con la colaboración de mis amigos y coetáneos Jorge Enrique y Fernando Guier. Fue gracias a ellos que pude iniciar la lectura de la mencionada revista, que precisamente abría sus páginas reproduciendo una famosa polémica acerca de la existencia de Dios, sostenida en la BBC de Londres entre el filósofo Bertrand Russell y el profesor jesuita de Oxford Theodore Copleston. La polémica misma no pasó de tres intentos infructuosos del padre Copleston de penetrar la roca del agnosticismo de *Lord* Russell; de modo que, después de la cortés despedida de los participantes al final de la polémica, quedó reafirmado mi propósito de saber más y más sobre la filosofía, para encontrar, según yo, el sentido de la vida humana en la tierra.

El primer libro de Bertrand Russell que entró a mi biblioteca fue *Los caminos de la libertad*, que compré en la pequeña Librería Bajel, de efímera existencia. Me costó tres colones con setenta y cinco céntimos. Lo leí con fruición, así como a la *Historia de la filosofía occidental*,

del mismo autor, que adquiriré poco después, y Bertrand Russell se convirtió en mi filósofo de cabecera.

Bertrand Russell nació en 1872 en Inglaterra, y vivió 98 años auténticamente comprometido con sus principios y convicciones morales. Perteneciendo a la alta nobleza de su país, renunció a sus títulos nobiliarios, a su asiento en la Cámara de los Lores y a una jugosa renta, para vivir de su trabajo de profesor, escritor y conferencista; porque era demasiado inteligente para tomarse en serio su abolengo y demasiado honrado para aceptar los privilegios económicos que el mismo conllevaba. Su aporte innovador del pensamiento lógico-matemático es inmenso, al igual que sus obras de filosofía y moral social. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura por la claridad y la elegancia de su prosa; y obtuvo cárcel y represión por oponerse a las guerras y a las armas nucleares. Pocos años antes de morir, fundó el Tribunal Internacional que lleva su nombre, para juzgar moralmente las masacres de los Estados Unidos en Vietnam, iniciativa que adoptaron luego Jean-Paul Sartre, Lelio Basso, Jean Ziegler, Luigi Ferrajoli y otras prestigiosas personalidades, para sentar en el banquillo de los acusados a los militares golpistas y genocidas de todos los continentes.

Pero debo regresar a la novela francesa en la próxima visita.

# 3

Antes dije que había heredado de mi padre el gusto por las novelas francesas; pero en esa empresa también participaron decisivamente otras personas: mi profesor de francés don René Van Huffel, mi librero favorito don Marcelino Antich, que proveía lo esencial sin descuidar lo nuevo. También fue importante don Héctor Beeche Luján, un prestigioso jurista vecino y amigo de la familia, que me prestó los primeros libros en francés, en el género policiaco, acompañándome a descubrir y admirar a Georges Simenon.

Como suele ocurrir, conocí primero a los autores del siglo XIX que a los de los siglos anteriores: primero Hugo, después Voltaire. Y en poesía también: primero Rimbaud, después Ronsard y Villon. Y fue en el ámbito de la literatura francesa que trabé conocimiento con ese género ambiguo que es el “poema en prosa”, en el cual Aloysius Bertrand es el maestro supremo, con su inigualable *Gaspard de la noche*, seguido de *El Spleen de París* de Baudelaire. Disfruté y sigo disfrutando mucho esa nutrida, valiente y lúcida novela francesa desde Choderlos y Stendhal hasta Malraux

y Yourcenar; pasando por Anatole France, Martin du Gard, André Gide y, sobre todo, Marcel Proust, a quien, para mi gozo, encontré traducido al español por el gran Pedro Salinas, para la edición argentina de don Santiago Rueda de los años cincuenta.

El viejo Anatolio Francia me deslumbró con sus provocaciones; Romain Rolland con su arrebatado fervor; pero al cabo prevalecieron autores más sobrios, más áticos en el estilo, como fueron Roger Martin du Gard y, señaladamente, André Gide, fino analista de una sinceridad lacerante. En cuanto a Proust, no se sabe qué género cultiva: está mucho más allá de la novela, del poema en prosa, del ensayo filosófico. Y es inimitable, lo que se demuestra conociendo los infructuosos esfuerzos de muchos escritores por imitarle, en todas las latitudes. No tuvo el Premio Nobel de Literatura, pero es mejor que el mejor de los premiados.

A propósito de los franceses, después de espigar en los últimos años entre los autores “jóvenes” como Péric, Houellebecq, Le Clézio o Modiano, ahora me está dando por las relecturas. Entonces estoy iniciando la de una novela interminable que me subyugó en aquel tiempo de la juventud: *Los hombres de buena voluntad*, del poeta, dramaturgo, filósofo y novelista Jules Romains, escrita entre 1932 y 1946, es decir, entre el advenimiento del nazismo y el fin de la Segunda Guerra Mundial. Es una “novela” compuesta de veintisiete novelas, de entre 150 y 300 páginas cada una; lo que se llamaba entonces una “novela río”.

Alejandro Dumas padre, Eugène Süe, Balzac, Émile Zola y algunos más cultivaron ese género en el siglo XIX; y luego Romain Rolland, Proust, Martin du Gard, Romain y Georges Duhamel (*Crónica de los Pasquier*, no traducida al español hasta donde yo sé) lo hicieron hasta mediados del siglo XX. En el resto de dicho siglo y en lo que va del presente, me parece que la novelística francesa no ha vuelto a intentar la “novela río”.

Volviendo al autor de *Los hombres de buena voluntad*, a través de la diversidad de los temas y la multiplicidad de los personajes, ha sido capaz de expresar una superior unidad espiritual (algo que en cierto modo recuerda al *Volksgeist* de los románticos alemanes); y que sería una confirmación de la doctrina que Romain llamó “unanimismo”. Ahora estoy leyendo el tomo III y estoy experimentando la impresión que produce el volver a mirar con los ojos y la experiencia del viejo, aquello que conocimos en plena juventud, y que interpretamos y disfrutamos con el ímpetu y la ingenuidad como, precisamente, sólo era posible hacerlo entonces.

Me lo explico mejor pensando que de joven me interesaba sobre todo la trama de los personajes, sus acciones y pasiones consideradas en sí mismas. Ahora gozo muchísimo de la exposición de las ideas y tesis del autor en relación con los fenómenos histórico-sociales y los matices finísimos de las reacciones de los mismos personajes a propósito de aquellos fenómenos y de la recíproca interacción que de ellos resulta. Hay un goce

estético en la percepción de la maestría con la que el novelista plantea y resuelve los diversos entramados de su obra.

Sigue.

# 4

¡Qué placer tan grande es comprar aquel libro en el que hemos venido pensando durante semanas! Traerlo a casa, sentarse con él en las rodillas, sacarlo de su envoltorio, abrir sus páginas y empezar a leer. Y el placer es más completo si uno ya conocía al autor: si sabe cómo vivió su vida, cómo sentía, cuál era su pensamiento; porque entonces uno puede entre adivinar cuánta ilusión o qué sentido del deber animaba al dicho autor mientras escribía; y así, en cierta medida, es como si hubieras estado presente durante aquel acto creador.

Porque, repito (y Walt Whitman lo dijo mejor): un libro es un ser humano. Tengo unos cuantos miles de libros en la biblioteca y me llena de alegría y de optimismo saber que vivo acompañado de tantas admirables personas que sólo esperan con infinita paciencia la oportunidad de brindarme su pensamiento, sus vivencias, sus emociones traducidos en ensayos, poemas y novelas. Y entonces, lo que uno quisiera no es haber leído todos esos miles de libros (tarea imposible para quien no pueda dedicarle al menos unos doscientos años a la lectura), sino haber aprendido a hacer la mejor elección en el momento oportuno.

Invoco, por ejemplo, la modestísima y relativamente breve existencia de Baruch Spinoza. Aquel solitario filósofo judío de origen español, que se ganó la vida, la enfermedad y la muerte puliendo lentes en un cuchitril de Ámsterdam, durante los años activos de una biografía que transcurrió entre 1632 y 1677.

En su hermoso estudio sobre Spinoza nos dice Alain:

Sabemos que era sencillo y bueno, que vivía con muy poco, y que, a pesar de su mala salud, era feliz. Sabemos también, especialmente por su Tratado Teológico-Político, que tenía profunda adhesión a la República Holandesa, y que ponía la libertad de conciencia y la libertad política en el número de los bienes más preciosos.

Del propio Alain me ocuparé después, porque bien se lo ha ganado. Ahora quiero seguir con Spinoza y para ello quiero empezar al decir lo siguiente.

De muchacho yo buscaba al pensador, a aquel pensador único que me diría la Verdad: la única verdad. Ahora, recordando decenas y quizás centenas de libros leídos, releídos, entreleídos a través de un dilatado arco de tiempo, me inclino a creer que aquel pensador no pudo existir: nunca ha existido, tal vez para bien de todos los demás. Pienso que podemos conocer diversísimas formulaciones de sistemas de pensamiento que describieron aristas de aquella verdad: aproximaciones a un punto que hoy nos parece más firme y duradero en la extremadamente compleja estructura de la realidad. No obstante, sin creer del todo ni dejar de creer en aquella meta última,

más pacientemente que nunca sigo buscando a la manera de las estrellas, que decía Goethe: “sin prisa, pero sin descanso” (*ohne Fast, aber ohne Rast*).

Mis lecturas de Spinoza datan de ese período de búsqueda del pensador. Descartes y más aún Spinoza me parecieron encarnar aquel ideal de racionalismo laico que demolía el edificio de la escolástica, empleando para ello una construcción metafísica inmovible ¡fundada en las matemáticas! Me gustaba la formulación panteísta de Spinoza (*deus sive natura*) y su conclusión ética más importante: mirar nuestras miserias desde la perspectiva de la eternidad, esa eternidad sin Dios que la cosmología moderna (Carl Sagan, Neil deGrasse) nos permite vislumbrar.

Al decir de los que saben, fueron las Matemáticas modernas, poseuclídeas, las que se encargaron de desvirtuar la metafísica spinoziana. Allí lo dejamos. Pero aquel modesto y genial hebreo, execrado con igual violencia por la Iglesia y por la sinagoga, sigue encarnando para mí un ideal de ser humano, con su ética insobornable de bondad, libre pensamiento y firmeza, de coraje y fraternidad sin límites.

Vamos ahora con Alain, ¿quién es este señor que no tiene apellido? Me encontré su nombre, por primera vez, en las *Memorias* de André Maurois. Después supe que se llamaba Emile Chartier, que había nacido en 1868 y había muerto en 1951; que se había formado en la Escuela Normal Superior; que había enseñado en el

famoso Liceo Henry IV de París, donde había influido fuertemente en muchas generaciones de intelectuales, políticos y científicos: desde Raymond Aaron y Simone Weil hasta Paul Nizan, André Maurois, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Georges Canguilhem y Georges Pompidou.

Alain fue un ciudadano ejemplar: republicano, socialista, pacifista y antifascista. A los 47 años, contra sus convicciones pacifistas, por solidaridad civil se alistó como soldado raso en la Primera Guerra Mundial; se distinguió por su austeridad y su valor, pero rechazó condecoraciones y ascensos para permanecer junto a sus compañeros de armas hasta el fin de la contienda. Años más tarde, siendo ya un filósofo y escritor famoso, también rechazó reiteradamente pertenecer a la Sorbona, y continuó impartiendo sus clases del Liceo Henry IV.

Como lector, es fascinante ser testigo de afinidades vitales entre personas que habitaron siglos distintos; y vislumbrar con un sentimiento de complicidad ese tenue hilo de simpatía que mueve al filósofo Émile Chartier, Alain, a escribir aquel hermoso ensayo sobre la filosofía de Baruch Spinoza.

Sigue.

# 5

¿Cómo debe ser el orden de los libros dentro de la biblioteca? Al principio la mía cupo en un pequeño estante, en la habitación que en tiempos adolescentes compartía con un hermano mayor; y cuando los libros ya no cupieron allí, se inició en mi vida una actividad que todavía me acompaña: la de constructor de estantes. Me hice un experto tanto en estructuras de tablas y ladrillos, como en armazones de pura madera fijadas con tornillos (los clavos no sirven). No es sino hasta hace pocos años que, por la fuerza de las cosas, he permitido la intervención de carpinteros profesionales en mis estantes.

En cuanto al orden mismo de los libros, su necesidad se empieza a sentir cuando llegás, por decir algo, a los cien. A esas alturas posiblemente ya están presentes allí diversos géneros literarios, junto a filosofía, historia, psicología, etc., porque tus intereses se han ido diversificando; entonces, es preciso separar físicamente la ciencia de la ficción, la poesía del teatro, etc. Y después vendrá la necesidad de separar la novela latinoamericana de la europea, la japonesa de la china, y así.

A diferencia de las bibliotecas públicas, que se ordenan según el sistema de Dewey u otro más moderno, yo creo que el ideal de los dueños de bibliotecas privadas es que su colección sea una imagen perfecta del orden que los conocimientos tienen en su propia mente; de modo que, cerrando los ojos, pueda uno, idealmente, tener la imagen mental del lugar en que cada libro se encuentra en el estante.

Ahora bien, una biblioteca privada se va haciendo grande por varios caminos: o ambicionás llegar a leer todo de todo (como el filósofo Giovanni Pico della Mirandola, en pleno Renacimiento), o lo que buscás es reunir el mayor número y la mayor calidad de libros posible, a sabiendas de que al final habrás conseguido leer sólo una parte de lo adquirido, y pensando que la colección servirá a otras personas. Yo he seguido este segundo camino, de modo que en mi biblioteca hay miles de libros que, seguramente, no alcanzaré a leer (me hubiera gustado); pero, en todo caso, quedarán a disposición de las generaciones futuras.

Por otra parte, sin que me lo hubiera propuesto, resulta que al final de cuentas mi biblioteca va dibujando un grandioso mapa de la cultura de Occidente, no porque yo evitara conscientemente comprar libros orientales (de ningún modo: tengo muchísimos) sino porque inevitablemente soy un occidental y miro al Oriente con sesgada mirada occidental.

Hace unos años, alguien que indudablemente me aprecia me hizo la incómoda pregunta: ¿cuándo dejarás de comprar libros? Cuando los autores que respeto dejen de escribirlos –le contesté. Y esa fue la práctica que seguí todo el tiempo: trataba de tener la producción completa de cada autor, a fin de comprender mejor su legado.

Sin embargo, ante la inabarcable producción libresca de nuestra época, es preciso trazar algunas estrategias. En primer lugar, identificar los autores más destacados en cada campo, y adquirir los libros más representativos de su pensamiento, tomando como referencia inicial lo que opinan otros autores que te merecen confianza. En segundo lugar, leerlos críticamente. En tercer lugar, seleccionarlos o no, según el resultado de la lectura. De ese modo, a medida que el tiempo pasa, la lectura crítica te va facilitando encadenamientos que te permiten comprender, no ya a un autor aislado, sino la tendencia de un período o de un amplio círculo de cultura.

Me vienen a la cabeza algunos ejemplos de lo anterior. Empiezo con la llamada generación del 98 en España, que estaba de moda en nuestro país en los años 40 y 50, la cual fue un movimiento de los intelectuales jóvenes que en 1898 reaccionaron vigorosamente frente a la amarga claudicación de la decadente monarquía española en el plano internacional, que terminó con la cesión, a favor de los Estados Unidos, de Puerto Rico y las Filipinas, últimos restos de aquel imperio colonial donde otrora nunca se ponía el sol.

Miguel de Unamuno, Pío y Ricardo Baroja, José Martínez Ruiz 'Azorín', Jacinto Benavente, Ángel Ganivet, Manuel y Antonio Machado, Gabriel Miró, Ramón del Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez y Ramiro de Maeztu fueron los principales miembros del grupo. Este se caracterizó por su actitud crítica y contestataria en política, y por un espléndido esfuerzo renovador de la literatura española en todos los géneros.

Pues bien, de dichos autores –excepto Maeztu, del que tengo poco– logré con el tiempo conseguir y leer prácticamente todas las obras, gracias a la facilidad de acceso, pues se trataba de clásicos españoles de gran prestigio en el siglo XX (hoy casi totalmente olvidados).

Pero si un veinteno después quise hacer lo mismo, por ejemplo, con referencia a amplios movimientos como el estructuralismo y el posmodernismo, las dificultades de identificación de sus fundadores, y de seguimiento de sus principales manifestaciones, frenaron mi impulso inicial, induciéndome a aceptar mis limitaciones y a leer en fuentes alternas y muy selectivamente, con riesgo de no llegar a conocer y comprender aspectos tal vez esenciales. Y es difícil que esto mejore, porque la gente escribe cada día más.

¿Qué hacer? Procurar escoger bien los nuevos libros y leer críticamente. No veo otro camino.

Sigue.

## 6

Últimamente encuentro que hay cada vez menos ratones de biblioteca; o tal vez es que yo me estoy aislando sin darme cuenta. Tengo la impresión de que antes éramos más, en proporción con la población del país.

Ocurría también que los ratones de biblioteca nos solíamos visitar de vez en cuando, para descubrir lo último que cada uno tenía; y nos hacíamos préstamos bilaterales, para satisfacer momentáneas necesidades de lectura. Y acerca de esto recuerdo al historiador Carlos Meléndez, que una vez encontró en mi biblioteca *La filosofía de la Ilustración* de Cassirer, que no había leído. Entonces me la pidió y me propuso a cambio prestarme *Idea de la historia*, de Colingwood, que yo no conocía; y así lo hicimos, como buenos ratones. Pero también se daban situaciones de rivalidad, que asumíamos con el más puro espíritu deportivo. Hay dos casos que me traen gratos recuerdos: uno bastante lejano; el otro de hace pocos años.

El primero es la rivalidad que me tenía yo con Manuel Enrique Salazar Herrán en la compra de bibliotecas enteras. Y aquí tengo que dar una breve explicación:

en los años cincuenta, sesenta y todavía en los setenta del siglo XX solía uno encontrarse, en las librerías de viejo de San José, restos de las que habían sido las bibliotecas de grandes intelectuales que habían muerto en las décadas anteriores, y cuyas familias habían optado por vender total o parcialmente. Y claro está que, cuando el librero traía a su negocio una de esas bibliotecas, el cliente que llegaba primero aprovechaba para llevarse lo mejor, hasta donde la bolsa le alcanzara. De modo que la clave estaba en la preferencia que el librero tenía por uno u otro cliente; porque de antemano él avisaba a su preferido de la llegada de los libros. Y en ese terreno Manuel Enrique Salazar siempre me vencía, porque tenía más plata y compraba más que un ratón pobre como yo. Por añadidura, ¡nunca nos enseñaba sus libros!

En el segundo caso, la rivalidad fue estrictamente librería y cuantitativa, y tuvo como protagonistas al profesor mexicano Arnaldo Córdova, recientemente fallecido, y a mi persona. Arnaldo era un jurista, filósofo y politólogo marxista, profesor de la UNAM de México, escritor, militante y un formidable polemista. Como un detalle adicional: Arnaldo fue profesor y después amigo muy cercano de Andrés Manuel López Obrador, quien lo respetó y lo consideró siempre su mentor.

Nos habíamos conocido en Italia en los sesenta, y teníamos varios amigos comunes, italianos y españoles; pero por mucho tiempo perdimos el contacto directo, porque hubo tiempos en los que yo no iba a México muy

seguido y él nunca había venido a Costa Rica. De modo que la rivalidad por el tamaño de las bibliotecas se entabló a la distancia y la encendieron los amigos comunes (Perfecto Andrés Ibáñez, Luigi Ferrajoli), que nos visitaban alternativamente. Hasta que en una ocasión se rompió el hechizo y, después de treinta años de amistad remota, por primera vez nos visitamos en nuestras casas. Entonces se comprobó de modo indubitable que, de las dos bibliotecas, la más grande era con mucho la de Arnaldo, aunque la mía era más variada.

Arnaldo Córdova, camarada de juventud cuya amistad y cariño sólo alcancé a disfrutar plenamente en los últimos siete años de su vida, heredó de su primera esposa, la helenista italiana Anna Paola Vianello, una de las más vastas y eruditas colecciones de clásicos grecolatinos que existen en la región mesoamericana. Y allí se solazaba este modesto ratón costarricense con las ediciones críticas de Homero, Hesíodo, Píndaro y Safo, en versiones bilingües al inglés y al italiano. Y a propósito, poco antes de su muerte, había cuidado Anna Paola la edición bilingüe (griego-español) de las obras de Hesíodo, editadas por la UNAM en su *“Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana”*.

Lo que me trae a la memoria el deslumbramiento que fue para mí leer a los quince años de edad las primeras estrofas, en endecasílabos blancos, de la *Iliada* de Homero; en la versión al español del padre Guillermo Jünemann, jesuita profesor de la Universidad de Concepción en Chile. El libro en el que venían esos trozos

de la *Iliada* y la *Odisea* era la vasta *Antología de la Literatura Universal* editada en Chile por Herder, bajo el cuidado del mismo padre Jünemann. Nunca fue de mi propiedad, sino que me lo prestó un vecino que no lo había leído. Al cabo tuve que devolver la antología, pero aún creo recordar algunos versos de la *Iliada* en la versión del padre Jünemann:

Las iras canta del pelida Aquiles,  
oh Dea, iras fatales que sumieron  
mil almas de campeones poderosos,  
y sus cuerpos a canes por despojos,  
y por festín a carniceras aves.

Y recuerdo también los versos en los que la diosa Atenea pule las armas del héroe Diomedes:

Dióle que el yelmo y el broquel lucieran  
con luz inextinguible, centelleantes,  
cual tras bañarse en las marinas ondas,  
hermosa esplende la otoñal estrella.

Homero es el nombre de un rapsoda griego que habría vivido en el siglo IX a. C. Sus poemas fueron cantados de memoria por las sucesivas generaciones de los diferentes pueblos helénicos hasta que Pisístrato, tirano de Atenas en el siglo VI a. C., dispuso su recopilación por escrito. En un libro reciente he dicho, con frase que seguro no es mía, que así como Egipto es un don del Nilo, Grecia (el milagro griego, el siglo de Pericles) es un don de Homero.

Y sigue.

# 7

Inexorable como la adolescencia, también en un cierto momento del desarrollo intelectual del joven se va a producir un fuerte entusiasmo por el teatro. No hablo de ir al teatro (casi no había salas en Costa Rica, en los cincuenta y sesenta), sino de leer obras de teatro. Lo cual fue en mi caso estimulado por una copiosa producción editorial de dicho género, proveniente sobre todo de Argentina, como ya nunca se vio después.

En efecto, más o menos a partir de 1949, la Editorial Sudamericana inauguró su *Colección Teatro* con un primer volumen de George Bernard Shaw que contenía sus *Comedias desagradables*, al cual se sumaron en los años siguientes otras treinta piezas del mismo autor. Además, la obra total de Eugene O'Neill, el teatro completo de Pushkin y de Chejov, obras de Priestley, Christopher Fry, Noel Coward, James Barrie, Bruckner, André Gide, Paul Claudel y muchos otros. Pero, de forma simultánea, la Editorial Losada inauguró su colección *Teatro del mundo* con los franceses Jean-Paul Sartre, Albert Camus, Jean Anouilh y Jean Cocteau; los norteamericanos Arthur Miller y Tennessee Williams; los españoles Rafael Alberti y Alejandro Casona;

el italiano Ugo Betti, el rumano Ionescu. Mientras que la Editorial Sur publicaba el teatro de Graham Greene, James Joyce, Dylan Thomas, John Osborne, Jean Genet, Archibald MacLeish, al romántico Heinrich von Kleist y más. Así como la Editorial Emecé, en su colección llamada también *Teatro del mundo*, daba a conocer la obra dramática de T. S. Eliot, la adaptación de *El proceso* de Kafka por Gide y Barrault, obras de Franz Werfel, Claudel, Milosz, Jean Giraudoux, etc.

En suma, en pocos años esos editores, a los que rápido se sumaron los españoles, los mexicanos y otros, pusieron ante los ojos asombrados del lector latinoamericano lo más selecto del teatro europeo y norteamericano del siglo XX y más allá. En mi caso, aunque de las clases del liceo ya conocía un poquito el drama griego, los clásicos españoles y algo de Shakespeare, la impresión que me produjo, por ejemplo, la obra de O'Neill o los planteamientos radicales de Sartre y Camus, las provocaciones de Ionesco, Beckett y Genet, y hasta el aire sofisticado de las piezas de Anouilh y T. S. Eliot, constituyeron un modo estimulante de comprender la vanguardia de la cultura occidental en sus mejores modelos.

En aquel momento, pasada la mitad del siglo XX, me encontraba todavía en los inicios de mi carrera de lector, y también dando los primeros pasos dentro de la Universidad de Costa Rica. El palacio neoclásico, en el barrio González Lahmann, que albergaba la Facultad de Derecho en la mañana (cuadrante noreste de lo que ahora es la Plaza de la Justicia), igualmente acogía

en la tarde-noche a la Facultad de Filosofía y Letras. Aquel tenía de frente (calle de por medio) el viejo caserón que ocupaba la Escuela de Bellas Artes, lo cual se prestó de lo más bien para que yo, ávido de pensamiento y cultura, durante varios años pudiera asistir como oyente a algunas clases de Filosofía y Letras y de Bellas Artes, mientras seguía los cursos regulares de Derecho. Pero de esto hablaré en otra ocasión.

Ahora me interesa retomar el hilo de mis lecturas teatrales que, en cierto modo, suplían una visión complementaria de la que me procuraba la novela. Porque cualquiera diría que leer novela y leer teatro es lo mismo: total, se trata siempre de un argumento, personajes, etc.; pero me parece que no es así porque, en su esencia, la novela es descripción, mientras que el teatro es acción. Y esto no lo cambia el hecho de que hay “novelas de acción”, mientras que, por el otro lado, hay dramas que consisten en describir la vida y los sentimientos del monologante.

Siento que hay otras diferencias notables entre ambos géneros literarios. Y aquí descubro el agua tibia cuando digo que el personaje teatral, dentro de sus inevitables limitaciones prácticas, en su desnudez, está en condiciones de situarse más cerca del espectador que lo que nunca podría hacerlo de su lector el personaje novelesco. Está este último inevitablemente atrapado en las páginas del libro en que vive. Podemos decir que, en cierto modo, el personaje teatral es ficticio por definición, porque nace destinado a ser encarnado por una

persona real: es siempre una máscara; pero, repito, en el momento en que cobra vida en el actor, lo sentimos cercano hasta la catarsis, como difícilmente podríamos llegar a sentir al personaje novelesco.

Es la diferencia entre Mersault y Calígula (personajes de Camus) y un largo etcétera. En todo caso, los disparates, que acaban de escapar de mi mente y bailotean ahora en las páginas anteriores, únicamente pretendían explicar de qué manera siento yo que la lectura de obras de teatro, alternada con poesía, novela y ensayo, pudo completar y enriquecer el proceso de formación libresca de un joven ratón formal, como era yo en aquellos años.

De hecho, este enriquecimiento sólo se produjo de una manera cabal cuando, a partir de los años setenta, se instalan en Costa Rica gentes de teatro provenientes de Chile, Uruguay y Argentina. Entonces, con el esfuerzo combinado de nuestros productores, autores e intérpretes (Lucio Ranucci, Lenin y Anabelle Garrido, Daniel Gallegos, Samuel Rovinski, Alberto Cañas, Jean Moulart, Virginia Grütter, Haydée de Lev, por mencionar sólo algunos) aquellos *drammatis personae*, hasta entonces sólo leídos, cobraron vida en las numerosas salas que durante varios años nos brindaron teatro de buena calidad.

Pero entendamos que todo eso reviste una importancia menor, puesto que ocurrió fuera de la biblioteca, que es el universo de estas páginas.

Sigue.

Esta es una  
muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la  
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL

## Acerca del autor

**Walter Antillón Montealegre**, nació en 1932, en San José de Costa Rica, donde hizo también sus estudios iniciales (escuela, colegio, Facultad de Derecho de la UCR). Cursó sendos posgrados en Roma, Italia y Buenos Aires, Argentina. Ejerció sucesivamente la judicatura y la abogacía, simultaneadas con la docencia universitaria: desde hace más de 60 años y hasta el día de hoy ha enseñado diversas materias del Derecho en universidades nacionales y extranjeras.

Corrección filológica: *Alexander Jerez R. y Jessica López V.*  
Revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A.*  
Diseño de contenido, portada y diagramación: *Abraham Ugarte S.*  
Imagen de portada: creada a partir de inteligencia artificial.  
Control de calidad: *Raquel Fernández C.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),  
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.  
Noviembre, 2023.

*De ratones y libros* es una serie de recuerdos surgidos a lo largo de más de setenta años y relacionados con la adquisición y lectura de muchas diferentes obras que formaron mi biblioteca personal. Siempre sentí la biblioteca como un grupo de personas con quienes dialogar en las diferentes circunstancias en las que me encontré durante la vida. Desde filósofos hasta dramaturgos; desde historiadores hasta poetas, traté de adquirir los libros más significativos de la cultura, predominantemente occidental. Estos hombres y mujeres escondidos en sus libros, a quienes yo podía visitar intempestivamente con solo abrir sus páginas, fueron quienes me deleitaron, me acompañaron, me instruyeron.

